



LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL

LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL



2019

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Antonio Pulido Gutiérrez	Juan Pasquau
José Cosano Moyano	Antonio Gala
Ángel Aroca Lara	Francisco Zuera
Miguel Clementson Lope	Ricardo Molina
Antonio Enrique	Luis Quesada
Carlos Clementson	Mario Antolín
Manuel Gahete	Marrugat
Rafael Mir Jordano	Pablo García Baena
Mercedes Valverde Candil	Vicente Núñez
José M. ^a Palencia Cerezo	M. ^a Luisa Rodríguez Muñoz
Fernando Serrano	Ramón Gaya
Dionisio Ortiz Juárez	Friedrich Nietzsche
Juan Rejano	Wladislaw Tatarkiewicz

Comisario de la Exposición:

Ángel Aroca Lara

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson Lope

Edición fotográfica y fotografía:

Belén Galán Arranz (belgaarranz@gmail.com)

Fotografía:

Diego Hidalgo, Piedad Aroca, M. Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza
Antonio Moyano Parras (CFGs de *Mobiliario* / E. A. "Mateo Inurria")

Diseño Gráfico / Maquetación:

Isabel Pérez, M. Clementson

Impresión:

Mario Galán

Dep. Legal: CO 1656-2019

ISBN: 978-84-09-15246-9

Ha vuelto a sacar Juan Hidalgo, este otoño, sus pinturas a la calle, como una obligación necesaria de muy a su pesar. Y se han teñido sus maderas y lienzos de cálidos y matizados tonos de purpúreos y cobrizos reflejos, una vez abandonado la clausura monástica de su espúreo destierro en su estudio de San Basilio, donde como valor añadido, adquirieron la sobrepátina que el artista no les alcanzó a dar.

Y han vuelto a cobrar vida sus apolíneos muchachos, esos que suelen poblar sus lienzos plenos de amanerados escorzos y cuerpos desproporcionados, con semblantes de pequeños granujas seductores a la manera de los pilluelos callejeros de Murillo... de atuendos livianos y caprichosas vestiduras, donde el de la camisola blanca es, casi siempre, principal protagonista de la andanza. Da igual que nos los encontremos travestidos en virtuales costaleros de una inexistente procesión, jugando al billar con sus tacos viriles, o formando parte de una escena donde se quiera dar por hecho, una improvisada y casi imposible reunión familiar, entintada de tímida candidez. Aunque sea yendo a cazar, los muchachos de Juan siempre danzan ensimismados, como los protagonistas de los cuadros de Boticelli, persiguiendo un ideal que solo existe, bien en su propio interior, o bien en el más allá, configurando unas escenas que parecen no ser de este mundo, pero que pudieron haber existido en cualquier lugar.

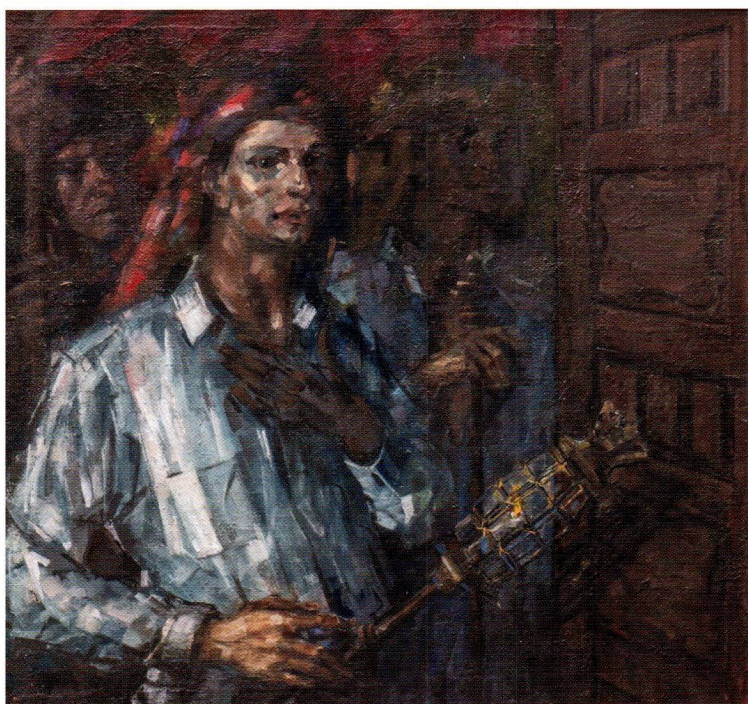
La pintura de Juan Hidalgo hace ya tiempo que encontró su propio caminar, su característica dicción, su prurito de impostura contemporánea sobre los presupuestos clásicos de la obra de arte tradicional. Aunque su pincelada no, sus escenografías suelen componerse a la manera de los clásicos, tratando de partir de una rigurosa geometría, que más tarde el insistente trabajo se afanará en desbaratar. Luego, a lo Mantegna, trabajando con el pincel y la espátula, sus personajes van adquiriendo el volumen que han de llegar a alcanzar, y diferentes elementos anecdóticos —pelotas, animales, o variados elementos del clásico bodegón—, van haciendo espontánea aparición en el riguroso ejer-

cicio del contrapeso de masas, en la batalla por el alcance de la áurea armonía final. Parece sentir Juan predilección por escenarios con personajes tratados de medio cuerpo, tal vez porque se ofusque en pensar resultados próximos a los tapices antiguos, o a esos mediorelieves italianos de altísima calidad, que tanto distrajeron en la corte de las Medicis. Lo que no cabe duda es su persistencia leonardesca, que es la que, con tesón experimental, dará a los colores las entonaciones finales, en encontrados esfumatos de agrisadas tinturas, a veces aparecidas solo por azar.

A partir de ahí, se desarrollan en él los problemas más ancestrales del ejercicio de pintar: el reflejo metálico, las calidades aterciopeladas... la sombra y la luz. Pero, sobre todos, el cristal y el espejo. El primero por la capacidad que mantiene de dejar traspasar la mirada y ver siempre —con diferente dimensión o contrate—, lo que hay detrás. El segundo, por la virtud que contiene de hacer reflejar la imagen que en él se proyecta, como a veces único vehículo para poder realizar un ejercicio —a la vez tan dificultoso como sencillo—, como lo es alcanzar con maestría la propia faz de uno mismo. Lo



J. Hidalgo, *Caminantes* (2012), óleo / lienzo, 100 x 100 cm.



Juan Hidalgo, *Costaleros al amanecer*, óleo/lienzo, 109 x 122 cm.

que convencionalmente se denomina autorretrato, como ejemplo de la capacidad del genio sobre el control de la realidad.

No cabe duda que en la obra de Hidalgo hay una manera de trabajar la pintura muy a la española, como han puesto de manifiesto bastantes artistas que se han caracterizado por el entronque con su tiempo, en un estado de las cosas en el que, en relación a la técnica, a la altura de su llegada a este mundo, indudablemente, ya no había nada más que inventar. Debe ser por eso que, en la lógica comparación retrospectiva que sobre la antigua pintura del rancio solar ibérico siempre solemos hacer, la referencia a El Greco, se da siempre en Hidalgo como lugar obligado... Por el alargamiento de sus figuras, por la manera en que éstas quedan tamizadas por el color... por ese resultado final de compendio iconoclasta y heterodoxo que el candiota realizara, y que en las obras de Hidalgo se suele dar habitualmente, como puro asunto de corsé.

Pero mucho más que a la pintura española, los lienzos de Hidalgo nos traen a primer plano reminiscencias de Córdoba. Sobre todo a los joyeles y eternos muchachos de Cántico; a la soledad de las callejas y rincones urbanos en plomizos o emplomados atardeceres, donde solo el poeta está acreditado para poder disfrutar de la última gota de rocío. De esa polis tocada de numen donde es posible encontrar siempre efluvio divino... desde el visillo de una cortina al alféizar de un tejazoz... desde la máquina lignaria de alguno de sus múltiples templos en los que se oficia a la divinidad, hasta el reflejo metálico del labrado dorado de un cáliz tocado bajo el sutil efecto del contraluz. Esa urbe tocada por la religión, donde el detalle del bordado y grandioso mantón de una virgen de barrio, puede conmover tanto o más, que esa fina pluma turquesa que, una vez cada año, pende de la gorra de un seis de Jueves Santo en la tarima del presbiterio de la Catedral. De la misma manera, evocando reales ancestros, surgen en las composiciones de Hidalgo los personajes y emblemas de Córdoba: San Rafael, San Acisclo y Santa Victoria, o la torre mayor de nuestro templo prioral. En un universo que nunca deja de recordarnos ese grandioso mundo de la belleza concebido, alcanzado y que se impregna en las tablas de un Emilio Serrano, o en los lienzos de un Miguel del Moral.

Todos los caminos señalados, todos los artilugios y enredos descritos, han sido ya acrisolados por la obra de nuestro artista, durmiendo en su cultura de genio, como por ejemplo, la caja de Pandora habría podido guardarse en el carro de tritones de Poseidón, o el caduceo de Hermes dormir en la ígnea caja de pinces de Prometeo. Por eso, cuando cae el otoño sobre Córdoba, y sus cielos matizan nuevas tinturas aterciopeladas y grisáceas frente al liso y tórrido celaje estival, la pintura de Juan Hidalgo, como la de Julio Romero de Torres, haciendo juego con ellos, ejerce sobre nosotros el fascinante y aguerrido ejercicio de la imposición de la melancolía... Una melancolía que no se nos olvidará nunca, que no desaparecerá de nuestra memoria, colmándonos de gratas y placenteras sensaciones, que sin duda, ayudan a caminar.



Juan Hidalgo, *Viento de poniente* (1984), óleo/lienzo, 70 x 70 cm.



Fundación | Cajasol

21 OCT. - 16 NOV. 2019

FUNDACIÓN CAJASOL
SALA DE EXPOSICIONES